

Reseña

LANCEROS, Patxi. 2005. *Política mente: De la revolución a la globalización*. Rubí(Barcelona), Anthropos editorial (Colección: Autores, Textos y Temas. Ciencias Sociales, 45), 237 p., ISBN 84-7658-738-4Atte.

1. La Modernidad en sus (im)posturas actuales: ni plañideras ni vengadores

La Modernidad *cesante* parece ser el más *incesante* de los problemas filosóficos. El último libro de Patxi Lancersos, *Política mente: De la revolución a la globalización*, constata este hecho con una lucidez analítica exenta de cualquier extremosidad sensacionalista. Probablemente ahí resida buena parte de su carácter polémico, si es que hay lugar para hablar de tal cosa. *Política mente*: el título adelanta con lacónica fuerza retórica la apertura de un espacio discursivo en la forma, que es múltiple pero no exhaustiva, que es plural y por eso mismo no se pretende totalizadora, de una indicación de modo(s). Modos del interpretar, el decir, el hacer y el padecer *aquella* (véase la operación de distancia que se nos introduce en el lenguaje) Modernidad *incesante* con cuyas estrategias de poder aún seguimos imaginándonos algún tipo de vinculatividad moral. Escépticos e hipercríticos, creyentes y descreídos, intolerantes y entusiastas, lo cierto es que cuando los notarios de la historia quisieron lucrarse al dar publicidad a la lectura del testamento de la fenecida Modernidad, unos y otros quisieron estar presentes, también aquellos que más a gala tenían la improbabilidad de su condición de herederos, aun a costa de que su presencia enrareciera o violentara el ambiente. También esto fue aprovechado.

La metáfora del testamento acaso retrate mal la escena dentro de la cual los fenómenos de comprensión de nuestro presente desean defender su estatuto postmoderno: pues éste último no es tanto un "corte de época", sino un orden inestable de vigencias y persuasiones que quiere producirnos un (in)cierto horizonte de autocomprensión. Sin duda, Patxi Lancersos acierta a imaginarse mucho mejor el marco de las relaciones que *aún* mantenemos con nuestras *modernidades*. Porque acierta a entreabrir un espacio crítico, pero irrenunciable, donde no vale defender nuestra posición *de hoy* al modo de viejas plañideras teórico-prácticas que desearían consentir en seguir sometiéndose a la modernidad, sin caer en la cuenta de que patrimonializar su herencia es interpretar un *relato* y, por eso, no vale la nostalgia por el tiempo perdido, sino la fuerza para probar a darle -si esa es la opción- nuevos sentidos que habrán de frotarse con un presente a la par irrespetuoso con los medios de salvación del *ayer* y urgido por mil necesidades de salvarse *hoy*.

Un espacio crítico en el cual, también, parecen más peligrosas que válidas las reacciones contrarias: las de esos vengadores que quisieran reparar los daños que la Modernidad nos ha venido causando, atacando el cuerpo de su imperial hegemonía

pasada con los muy abultados dardos de un cierto consentimiento *fundamentalista* con el “big-bang” que caracteriza a nuestro presente *post* (-industrial, -secular, -moderno). Y este deseo de venganza sería uno de los rigores posmodernos. Cuando el Mundo es pensado como deudor y esclavo de una *Potentia Absoluta* (*mutatis mutandis*, cada uno de los grandes órdenes de poder que institucionalizaron a la Modernidad en su época clásico-boyante: la Ciencia, el Sujeto Absoluto, la Historia Universal, la Nación), en ese momento aquél produce una imagen terrible de sí mismo: le invade la contingencia radical, pues todo puede ser revocado al punto o movilizado a favor de una obediencia, cualquier cosa puede ser alterada, y nada permanece inmune a la destrucción o al cambio. Precisamente la Modernidad quiso *curarnos* de una imagen “medieval” del mundo: aquella en que un Dios era imaginado como *potencia absoluta* y señor de cambios y demoliciones inesclarecibles para nuestra razón. Precisamente esta imagen acabó a la postre siéndonos devuelta por la Modernidad con creces: dar Razón absoluta del cambio, Humanizar absolutamente las destrucciones, tampoco consiguió disipar en el extremo nuestras *atmósferas miedo-ambientales*.

En las periferias de lo moderno se sintió la deflación de sus viriles constructos (Revolución, Nación, Historia, Sujeto). Patxi Lanceros estudia estas paradojas con un pulso filosófico y un tacto retórico tales que le hacen colocarse muy lejos de esa nómina ya suficientemente acreditada de plañideras y vengadores que tanto protagonismo vienen cobrando en la bibliografía más reciente sobre el tema. Cuestión de distancias: cuestión de buscar el horizonte desde el que pensar la relación Modernidad / Postmodernidad sin apurarla mediante un decantamiento partidista de fuerzas hacia uno de los lados, más bien dejando que ese horizonte se tense asumiendo sus “agones filosóficos” con todas sus consecuencias. Corrigiendo en profundidad, si se me permite la referencia, la actitud de aquel cura que recibe a K al final de *El proceso* de Kafka y que, al ser solicitado por el protagonista que le ruega que baje de su púlpito, responde a éste: “Tenía que hablarte antes desde lejos. Si no, me dejo influir fácilmente y me olvido de mi ministerio.” Aquí, las distancias filosóficas ayudan a olvidar cualquier ministerio moderno, a no pronunciar cualquier sermón posmoderno.

2. Las periferias de la “*Neuzeit*”: de la imaginación, culturas y guerras

“Política mente” despliega su análisis a partir, entre otras, de esta constatación: hay una radical indisposición entre el humano y el mundo, una *impertinencia* radical. La ausencia de evidencias nos vuelve animales seguramente miedosos. Pero, también, irremediablemente imaginativos. Y en un diálogo con Castoriadis, en el que reivindica su perspectiva atemperando a la par sus excesos, Patxi Lanceros se imagina de un modo particularmente fecundo las relaciones entre sociedad y cultura. La sociedad sería el orden de unidades de acción cuyos énfasis caerían sobre la necesidad de estabilizar ciertas rutinas prácticas y normatividades vinculantes que ayudan a diseñar (y eventualmente a *conservar*) un horizonte de coexistencia. La cultura es presentada, simultáneamente, como un orden de unidades de significación que dan *sentido* a la sociedad: su vocación es la imaginación, su potencia la desestabilización, su fuerte la autotranscendencia, atributos dinámicos y *dinamizadores* que la cultura no podría aplicar si estuviera absuelta del cuerpo social, puesto que la creatividad *cultural* se colapsaría, o se tornaría absurda y ciega, si no se implicara a fondo con aquellos límites *sociales* que ella tanto gusta de imaginarse rebasados.

Esta perspectiva permite a Patxi Lanceros realizar un análisis inusualmente sugerente de algunas de las categorías con que la Modernidad quiso conjurar los miedos sociales y abrir cauces institucionales para la autoafirmación de lo humano. Destaca, en este sentido, su lectura del moderno concepto de "Revolución". Un término mediante el cual se conceptualizó la posibilidad histórica de que lo *insólito* se hiciera *sólito*: que la excepción se elevara al estatuto de acontecimiento decisivo, que la acción mancomunada de muchos hombres se *mancomunara* a su vez con la Historia, alimentando y controlando las expectativas colectivas de futuro mediante un expediente organizado (y preferiblemente sangriento) de convulsión del presente. La Revolución, las revoluciones, subsistían y progresaban gracias a un catálogo exhaustivo de imágenes y opciones retóricas que echaban de ver metafóricamente su fuerza política implacable (*huracán, torbellino, volcán*). Así iban produciendo y asegurando sus reverencias políticas. Así iban también fabricando márgenes y periferias que sus actos no habían podido representar convenientemente. Un solo acto, por heroica que sea su estirpe, no puede servir a todos los dioses de la Modernidad. Y la pretendida *fraternización* entre los procesos revolucionarios y la propia historia acababa por dejar al descubierto, en cada ocasión, grietas que se volvieron al cabo tanto o más decisivas que las propias pretensiones iniciales. Ese tipo de asimilaciones entre un orden de acción y el orden entero de la historia ha estallado por los aires, *desvaneciéndose en el aire*, rebajando su *Hybris*, deviniendo plurales y minúsculas intencionadas (léase "ensayos").

Hobbes, por su parte -terrible, ineludible-, es el punto de donde arranca un análisis apasionante del riesgo asumido por determinadas direcciones de la Modernidad a la hora de proponer ciertos órdenes de sentido (véase "naturaleza caída", con su escisión concomitante entre *naturaleza* y *gracia*, con su régimen bipolar de recepción -*miedo*- y reclamación -*seguridad*-) que favorecieron que el Estado pudiera erigirse como depositario, colosal y último *en esta tierra*, de todos los recursos a la trascendencia y a la omnipotencia. Tirando del hilo de esta interpretación, Patxi Lanceros no puede dejar de hacer justicia, velada pero muy poderosamente, a algunas de las expresiones de *lo político* más preocupantes y mortales de nuestra época. Allí donde se intenta aplicar la receta del realismo (con sus Fasolt y Faffner contemporáneos, los gigantes del poder unidireccional ilimitable y la fuerza bruta asesina) para sublimar por la vía de la guerra esa dislocación que la política sufre hoy por la vía de la globalización. Siguiendo el subtítulo, suficientemente expresivo, de uno de los capítulos del libro: quizá la política del miedo nos esté arrastrando fatalmente al miedo a la política.

3. Política. ¿Poesía identitaria! ¡"Europa S. L."?

La identidad es un fantasma que recorre *aún* nuestros horizontes de pensamiento: no es un fantasma *irremediable*, su vacío constitutivo es "disimulado" por infinidad de *mediaciones*. *Política mente* acepta el desafío de considerar los diferentes estratos (comunitarios, universales, personales) en que definen sus normas y ponen a prueba sus fuerzas estas *mediaciones* de la identidad. Lenguajes y formas de vida, comunidades simbólicas (que son siempre comunidades de sentido y, por eso, comunidades de *límites*) y proyecciones narrativas delimitan, modelan y en el extremo producen *nuestras* identidades. La política *imaginada* por Patxi Lanceros se constituye en un horizonte suficientemente flexible y abierto para impedir clausuras identitarias contra las que se estrellen la pluralidad de nuestros relatos, suficientemente reflexivo y crítico como para no dar por *evidente y presente* lo que no puede por menos de resultar siempre *hipotético* y *ausente* (por ejemplo, una ciudadanía cosmopolita). Este libro hace que se rocen los ecos del momento político posmoderno

con la posibilidad de una "identidad abierta" que resista el envite tanto del individualismo tardoliberal, interesadamente ciego y sordo ante cualquier demanda de identidad no susceptible de convertirse en objeto de sus sobrevalorados presupuestos ontológicos, cuanto de ese nuevo purismo neotribal, y sus artesanías *ad hoc*, practicado a pequeña escala y *sensu contrario*, y que constantemente está dando a luz a ídolos ultralocales como ridículas trincheras del *entonces*, como *hooligans del aquí*, como poesías fetichistas (de lo idéntico) que nos habrían de defender contra el avance del "pensamiento único".

Patxi Lanceros nos invita a pensar, *así*, en Europa. No nos está invitando a entrar en una casa. "Casa europea": esta retórica *tele-visiva* parece fabricada *ex professo* para garantizar una táctica inmunidad. Interpretar *hoy* Europa como *momento*, y ese momento como *político*, implica aceptar, valga la paradoja, la enfermedad radical de esos procesos de inmunidad (y de auto-inmunidad) que desearían encastillar lo comunitario en la roca firme de una Sociedad Limitada de etnias o credos. Desde la perspectiva que nos ofrece la *globalización* (que ese es el *fin* del libro: "de la revolución a la globalización") parece más sugestivo que nunca interpretar lo político (nuestros *momentos políticos*) como *quicio*: el fundamentalismo del mercado nos obliga a ponernos frente por frente de la liquidación de muchos entornos, de la fluidificación de muchas seguridades supuestamente heredadas, da alas a ciertos capitales (financieros) arrancándoselas muy probablemente a otros capitales (simbólicos), coloca en un eterno tránsito ciertas metas y lucros ciertos a costa de localizar e instrumentalizar obsesivamente otros muchos medios a su servicio.

Así, la figura del Estado, con sus inclinaciones co-activas antaño venerables, parece interpretada en las páginas de "Política mente" bajo una luz que hace justicia mucho mejor al estrés posmoderno: es el contrato no susceptible de ser patrimonializado por nadie, es el régimen inmanente de articulación de lo social que, para ser fiel a su concepto, hemos de convertirlo en la esfera abierta a *todos* donde se estructura aquello que a todos afecta, porque, citando las palabras del autor, él es un "contrato inclusivo, democrático y universalizable instruido por y orientado a la libertad, la igualdad, la seguridad y la justicia". Es sólo un ejemplo, sólo uno, de cómo Patxi Lanceros analiza, critica, a veces desbasta, a veces devasta, y en otras ocasiones recupera (liberándolas del abrazo de oso de variados fundamentalismos) algunas de las figuras conceptuales más *decisivas* de la Modernidad desde el horizonte de una Posmodernidad entendida no como época sino como fenómeno muy complejo de comprensión. Lo que *comprende* (y nosotros, de su guía) es aquella tensión entre lo moderno y sus *incesantes ceses* que encuentra en estas páginas, tanto por su rigor de planteamientos y riqueza analítica, como por su brillantez estilística y claridad argumental, un extraordinario valor interpretativo, el mismo valor que convierte a este libro de Patxi Lanceros en una inexcusable referencia (sobre todo, para aquellos que se atrevan a imaginar la "política" con sus mentes).

Fernando Bayón